

¡Covadonga!

Eusebio Martínez de Velasco

¿Qué español no se siente dominado por el más noble entusiasmo al oír pronunciar el venerado nombre de Covadonga?

En Covadonga, en aquel lugar escondido entre elevadas montañas, que como su natural defensa, como inexpugnables muros que le resguardan, tuvo principio la reconquista de la patria perdida y la restauración del derribado trono y el fue cual un santuario providencial que custodió siempre encendida la antorcha espléndida de la fe.

Allí entre breñas y desfiladeros, entre abismos profundos y quebrados peñascos, entre la aspereza y fragosidad casi fantástica de aquellos sitios, se verificó el acontecimiento más grandioso que registran los anales de todos los pueblos del mundo.

Todo en Covadonga es sorprendente.

Valles amenísimos y encantadoras colinas cubiertas de vegetación espléndida; montañas gigantescas que tienen sus altas cimas coronadas de frondosos bosques de castaños y abedules; rocas amarillentas descarnadas, llenas de grietas, que dan testimonio elocuente de un sacudimiento terrestre que la historia desconoce y la ciencia adivina; ríos de cristalinas aguas; el Güeña, el Rinazo y el Deva, históricos desde aquellos gloriosos días, que se despeñan desde angostas quebraduras y corren por largas cañadas; el lago Enol, lago verdaderamente misterioso, que se agita sobre la ancha meseta del Auseva y brama cual león encadenado; el Monte de la Virgen, en fin, aquel maravilloso Auseva, demuestra lo gigante que se apoya en cimientos volcánicos y eleva su gallarda frente hasta perderse en la vaguedad de las nubes.

Todo en Covadonga es grandioso, todo es sublime, todo es poético... allí no sólo se lee en páginas de piedra la historia de los primeros días de la reconquista; allí se lee esa épica historia, como ha dicho elegantemente un escritor asturiano, la crónica exacta de los primitivos y gloriosos hechos de la restauración española, en las montañas, en los ríos, en las breñas, en las ásperas gargantas de los valles, hasta en los mismos troncos de los árboles.

Allí esté el sitio del milagroso triunfo de Pelayo "donde Alkaman y sus fieles, como dicen los cronistas árabes sufrieron el martirio de la espada"; allí está la llanura de *Re-Pelayo*, donde los vencedores españoles parándose después de la victoria como para mirarse llenos de asombro, cual si dudasen todavía del éxito, bendiciendo al dios de los ejércitos "alzaron sobre el pavés", a la usanza de las antiguas leyes del reino godo, al heroico vengador del desastre de Guadalete; allí está el Campo de la Jura, donde los victoriosos españoles, prelados y magnates, clérigos y siervos, prometieron fidelidad y obediencia al campeón providencial de la fe y de la patria que les había deparado el cielo; allí está el bullicioso Deva, que corre por intrincado laberinto de cañadas y hendiduras, "el río que creció y se hizo grande con la sangre de los moros", cual dice la crónica del Salmanticense, y le duró muchos días el correr teñido en ella" como al Guadalete con la sangre de los godos; allí está, en fin, el sitio del triunfo de Pelayo, el valle sombrío de Covadonga, "lugar de una aspereza y oscuridad espantosa (según el testimonio del piadoso Ambrosio de Morales que le visitó en el siglo XVI por orden de D. Felipe II), cuya vista hace pensar en la misericordia de Dios que manifiestamente cegó a los moros para que no mirasen como se metían en tal estrechura de breñas, donde poca gente podrá pelear por igual, muy a su ventaja, con grande ejército".

Y después de recorrer el escabroso y angosto valle de Covadonga, cortado por enormes peñascos, rodeado de pardas y amarillentas rocas y como escondido entre enmarañada maleza, hállase la gigantesca peña donde existe la inmemorable cueva.

"A la extremidad de su sombrío valle (dice únicamente el Sr. Lafuente para describir aquellos inmortales sitios) al Oriente de Cangas, que torciendo un poco hacia occidente, forma una cuenca limitada por tres cerros, se levanta una enorme roca de ciento veintiocho pies de elevación, en cuyo centro hay una abertura natural que constituye una caverna o gruta, entonces como ahora, llamada por los naturales Cueva de Covadonga.

En aquella "peña tajada" cercada en derredor (según se expresa la *Crónica general de España*) en manera que non ha combatimento que lo pueda empescer, e es un logar tan seguro como si Dios lo ficiera para ello"; en aquella peña que "aunque es tajada no es derecha como sencillamente escribe el cronista Ambrosio de Morales, sino algo acostada hacia fuera, así que pone miedo mirarla... por parecer que se quiere caer sobre los que allí están contemplándola"; en aquella peña hueca en su interior y que presenta una abertura, a modo de entrada, de unos dos metros, guarecióse el ínclito Pelayo con los bravos españoles que lo seguían, para dar comienzo a la maravillosa epopeya de la reconquista.

MARTÍNEZ DE VELASCO, Eusebio, "¡Covadonga!", en *El Auseva*, Onís (sic), 11 de septiembre de 1915, año XXV, núm. 1.275, p. 1.